



I.

EL EJERCITO.

La paz es la soñada dicha de la humanidad; á su tranquila sombra se desarrollaría exuberante el árbol de la civilización llegando con su copa al cielo

A pesar de las tempestades de la guerra, ese árbol ha crecido asombrosamente, y es de sentirse que al sacudirlo los huracanes de las bélicas contiendas, lo despojen de sus hojas, destrocen sus flores y á veces le arrebaten sus frutos no maduros aún. No lo dudamos, la paz sería la armonía, el adelanto, la felicidad del mundo; pero por más que esto se diga y se piense, la paz, si algún día llega á reinar sobre la tierra, ese ansiado día está muy lejos de mostrar su esplendorosa aurora, y debemos mirarlo como un dorado sueño que el anhelo por el bien forjó. ¿Quién ignora que desde los tiempos más remotos apenas percibidos entre las espesas sombras del pasado, la guerra ha sido la constante historia de los pueblos? Justa ó injusta, en todas

partes y en todas las épocas se ha manifestado, ya sosteniendo al despotismo ó defendiendo un derecho ultrajado; ya iniciando las nuevas ideas que para levantarse tienen que destruir las antiguas.

Ojalá los sueños se realizaran; mas ya que esto no sucede, es mostrarse inconsecuente con la razón, el empeñarse en ver las cosas como se desean y no como son en sí, y es mayor inconsecuencia aún, obrar en el supuesto de que ellas marchan por la senda que quisiéramos y no por donde efectivamente lo realizan.

Con períodos de una paz relativa, la guerra es la historia de nuestro pasado, la guerra la historia del presente y la guerra será la del porvenir, por mucho tiempo aún, mientras haya intereses encontrados entre los hombres y entre las naciones.

Por eso en toda la superficie de la tierra hay ejércitos más ó menos numerosos, y si alguna vez en Europa, por ser la parte del mundo más ilustrada, se creyeron innecesarios por un momento hace unos pocos años, pretendiendo sin duda que el hombre en su adelanto había llegado á la perfección, lastimosamente vinieron á demostrar lo contrario Francia y Prusia, lanzándose á un combate gigantesco; sucediéndose después el duelo terrible entre Rusia y Turquía, cuyos miembros palpitantes brotan sangre aún; y aquellos que en la más férvida exaltación de su entusiasmo levantaban himnos á la paz, fueron vueltos en sí por el estruendo de millares de cañones que muy elocuentemente expresaban que la paz no puede ser duradera en el mundo y que los ejércitos son necesarios para no sucumbir bajo el peso del más fuerte. ¡Desgraciada la nación que viva sin ejército! y desgraciada también la que

no teniendo á su ejército á la altura que corresponde á tan interesante institución, en vez de hallar en él un guardián de su independencia y garantías. sólo mantenga un germen de inmoralidad y de desorden. Esa nación, si por otra no es vencida y humillada, se destruirá á sí misma con sus disturbios interiores. Y que no se nos replique con decir que ningún país sólo por ser más fuerte que otro, tiene el derecho de abatirlo, porque si bien es cierto que no existe tal derecho, sí existen hechos que demuestran hasta la más completa evidencia que la fuerza se sobrepone á todo. No debiera ser así, pero desgraciadamente así es.

Para gozar, pues, de una paz relativa y tener á salvo el honor y la independencia de la nación, la necesidad del ejército me parece indiscutible, y la necesidad de ilustrarlo y atenderlo debidamente es consecuencia natural de la primera.

El ejército disciplinado es el defensor de los pueblos, es el firme cimiento donde debe descansar el edificio social, es el que garantiza el respeto á las leyes, es el que sostiene el derecho de la patria.

La misión del ejército es grandiosa. El soldado tiene que prescindir hasta de sus propios sentimientos ante la voz de los sagrados deberes que se impone. El soldado, al arrancarse del hogar para vestir el uniforme, pertenece todo entero á la patria y pide respeto para ese uniforme, porque el que lo viste no tiene derecho de exigir ni techo donde albergarse, ni lecho donde descansar cuando se trata del cumplimiento de una obligación militar; con la intemperie sobre su frente y la tumba sobre su camino, marcha llevando en su corazón la ambición sublime de la gloria. Y el genio militar es

el titánico sublime, heroico genio, que desplegando su espíritu sobre el inmenso abismo del sufrimiento en cuyo fondo está la muerte, se cierne sobre él con magestad, y hace que los siglos lo contemplen en toda su grandeza, dándoles alguna vez su nombre, apoderándose de la admiración de mil generaciones que pasan sobre la tierra recordándolo.

Más de dos mil años hace que Leónidas murió peleando contra los numerosos ejércitos de Jerges; y al haberle éste antes ofrecido un imperio por su traición, le contestó indignado el héroe que prefería morir en defensa de su patria. Trescientos espartanos mandaba Leónidas, y las legiones de Jerges eran tan numerosas que al lanzar al aire sus dardos le hacían sombra á la luz del sol; por eso irritado el tirano al oír la negativa del jefe de aquel pequeño destacamento que le cerraba el desfiladero de las Termópilas, le envió orgulloso un imperativo y lacónico mensaje diciéndole: "Entrégame las armas," á lo que el capitán espartano dió, como contestación, estas solas palabras: "Ven á tomarlas."

Se sucedió el fragor del combate, y cortada al fin la retirada de los trescientos por las bandas invasoras, propone Leónidas á los suyos lanzarse al frente sobre sus numerosos enemigos para sellar con la grandeza de la gloria su muerte por la patria, y arrollan y destruyen como un torrente abrasador de fuego en medio de aquella espantada muchedumbre; mas al fin todos sucumben, que no era su cuerpo inmortal cual su grandeza. Los cadáveres de esos titanes de la guerra, mutilados sobre el campamento, amedrentaban á sus enemigos, que no se atrevían á pronunciar la palabra de victoria.

Aquel heroico sacrificio no fué estéril, que ha-

biendo revelado á los griegos el secreto de la fuerza de sus virtudes militares, los llenó de noble entusiasmo, al cual debieron que sus contrarios, por más que hubieran sido superiores en número, no pudieran dominarlos, habiéndose al fin retirado derrotados de la patria de los héroes.

Más de veinte siglos han pasado, y de ese hecho glorioso aún se habla con admiración y con respeto; siente el alma veneración al recordarlo.

Lo decimos con conciencia: la misión del soldado es la sublime misión del sacrificio, es la carrera del honor y de la gloria.

Pero es preciso que todos los que se dedican á tan honrosa profesión sepan el noble papel que tienen que desempeñar, y aunque son pocos mis alcances, contribuyo con mis esfuerzos al hablar á los señores Oficiales con cuyo mando se me honra, procurando marcarles la ruta que deben seguir, citándoles ejemplos en que puedan inspirarse, al dirigirles mis *conversaciones militares*.

II.

MORALIDAD.

DESGRACIADAMENTE en nuestro país, donde la revolución intestina ha sentado sus reales atrofiando el corazón de la patria, el ejército no podía or-